

Número 501.

No me hubiera perdido un Seminario por nada del mundo – Philippe Sollers

Ganaremos porque no tenemos otra elección – Agnes Aflalo

www.lacanquotidien.fr



Respuesta a Ranciere

Por: Jacques-Alain Miller

París, 7 de abril de 2007

Querido Rancière,

Acabo de leer en el Obs las declaraciones que has hecho a Eric Aeschmann, y no sé si vivimos en el mismo país, ¿que digo?, en el mismo planeta, cuando te veo decir al empezar esta conversación: “Todo el mundo, por supuesto, está de acuerdo en condenar los atentados de enero”.

El autor se dirige a un público que defiende la causa de las mujeres, pero que por otro lado, es, indiferente, hasta hostil, al psicoanálisis, muchas veces percibido como una doctrina demasiado falocrática. Su escritura es “orientada en un esfuerzo por hacer pasar la cosa del psicoanálisis”, envolviendo lo insoportable con lo soportable. Evidentemente, se trata de decir, pero no decir todo, permite quedarse en la zona de lo escuchable audible.

Mentira tan flagrante que desanima la polémica. No digo nada. Tienes el campo libre para explicar a tu modo lo que se debe comprender de esta frase. ¿Qué es este “todo el mundo, por supuesto”? Nos lo dirás, estaré

encantado de saberlo, es un “todo el mundo” de buena compañía, hasta si deja un buen número de personas fuera de él.

Mentira tan flagrante que desanima la polémica. No digo nada. Tienes el campo libre para explicar a tu modo lo que se debe comprender de esta frase. ¿Qué es este “todo el mundo, por supuesto”? Nos lo dirás, estaré encantado de saberlo, es un “todo el mundo” de buena compañía, hasta si deja un buen número de personas fuera de él.

Al reflexionar sobre ello, creo que quisiste decir que no estabas del lado de los asesinos, y si lo dijiste torpemente, es que no estás del lado ya de aquellos a los que asesinan.

Este “todo el mundo” que no es todo el mundo, constituye, si se piensa, el problema del universal. Lamentas que el universalismo haya sido “confiscado y manipulado”, “transformado en signo distintivo de un grupo”. Pero el gusano está en la fruta, quiero decir en el concepto mismo. Los universalistas no son tan tontos para ignorar que no son todo el mundo. Si hay universalistas, es porque hay particularistas, sin contar las singularidades. Resulta que el universalismo siempre es sólo el “signo distintivo de un grupo”. Y los particularistas, por su parte, se sustentan en tener el universalismo por el particularismo de los universalistas.

Esto no es poco razonable. Los que piensan que “los grandes valores universalistas”, como les llamas, son sólo los instrumentos *newlook* del imperialismo occidental, son legión. Son la mayoría de la Asamblea general de las Naciones Unidas. Allí, Putin y sus filósofos esclavófilos, los amos de China, de Arabia Saudita, de Irán, el nuevo Califato islámico, sin olvidar el difunto Lee Kuan Yew, inventor de Singapur, y el hermano Castro, están de acuerdo.

Dices lo mismo de Francia. A saber que los grandes principios universalistas son instrumentados en lo sucesivo por una voluntad de dominación que se emplea para atormentar a “una comunidad precisa”. De resultas, reniegas de un universalismo que no vehicula más que xenofobia y racismo. Allí, digo stop.

Distingamos el plano internacional y el plano nacional. En cuanto al concierto de las naciones, no es absurdo pensar que más vale suponer que el universalismo es un particularismo, el nuestro, más bien que querer erre

que erre hacerlo universal. Porque, en este caso, es forzoso recordar de entre los muertos al Universal pateado, aquel que encarnó antaño, bajo la égida de los Derechos humanos, el famoso “comedor de hombres”, el Emperador de los franceses. Pero, en Francia, en nombre de qué quieres ahora obtener de los indígenas que sometan su particularismo, que es universalista, al particularismo de la “comunidad precisa”?

Cuando Aeschmann te interroga sobre el punto del velo y la emancipación femenina, tú le respondes: “El estatuto de las mujeres en el mundo musulmán seguramente es problemático, pero son de entrada las interesadas las que tienen que decidir lo que para ellas es opresivo. Y, en general, son los que sufren opresión los que tienen que luchar contra la sumisión. No liberamos a la gente por sustitución”.

Tu última frase resume bien la objeción de Robespierre a Brisset, cuando éste llamaba a la Francia revolucionaria a una “cruzada por la libertad universal”: “La idea más extravagante que pueda nacer en la cabeza de un político es creer que basta a un pueblo con entrar a mano armada en un pueblo extranjero para hacerle adoptar sus leyes y su constitución. Nadie quiere a los misioneros armados; y el primer consejo que dan la naturaleza y la prudencia, es rechazarlos como enemigos” (Discurso en el club de los Jacobinos, el 2 de enero de 1792).

Pero el argumento no responde a la cuestión planteada. No se trata de guerras extranjeras. Aeschmann no te habla de liberar a las afganas o a las saudíes, te interroga sobre la emancipación de las francesas con velo. Escabullirse con las costumbres de los “musulmanes” cuando se te interroga sobre la suerte de nuestros compatriotas, y reenviar a éstos a su responsabilidad, no lo hace. Es una cortina de humo y jugar a Poncio Pilatos. Su sometimiento eventual no es ni siquiera la cuestión ni incluso el de la “comunidad precisa”, concierne a la comunidad nacional en su conjunto.

No te veo más inspirado cuando consideras que la libertad de expresión no estaba de ninguna manera en causa en la matanza de la redacción de Charlie, y que se polarizó sobre eso sólo para “descalificar a una parte de la población”. Ves en la libertad de expresión “un principio que rige las relaciones entre los individuos y el Estado”.

No, Rancière. ¿Por qué la matanza del 7 de enero suscitó una emoción incomparable como la que habían levantado los atentados de las estaciones madrileñas en 2004, con sus 200 muertos y 1400 heridos? El caso es que de repente una voluntad se hacía presente en el corazón de París, que anunciaba a la humanidad en su conjunto que, bajo pena de muerte, en ninguna parte del mundo ciertas cosas debían ser dichas ni representadas. Esta exigencia exorbitante del derecho de la gente testimoniaba del deseo loco de una sumisión universal. La matanza suscitó las reacciones más diversas: espanto, rebelión, resistencia, pero también comprensión, adhesión y admiración.

De hecho, todo estaba ya allí en germen desde el 14 de febrero de 1989, en la famosa *fatwa* del ayatolá Jomeini. Recuerda que invitaba a todos los musulmanes, el universal de los creyentes, a ejecutar sin pensar a Salman Rushdie, a sus editores, y a toda persona que conociera el libro de los *Versículos satánicos*. El amo de Irán demostró así que podía abiertamente, impunemente, condenar a muerte por delito de blasfemia a los nacionales de varios Estados extranjeros que vivían en éstos. ¿Dirás que la libertad de expresión, allí tampoco, estaba en causa porque la situación se salía del marco de tu docta definición?

Curioso entrecruzamiento. Bonita astucia. A medida que Occidente fue forzado a admitir de mal grado que su universalismo era sólo un particularismo, el particularismo musulmán revelaba ser un universalismo. El universal pateado está de vuelta entre nosotros. Fracasada la tentativa de los neoconservadores americanos, es el turno de que el Universal musulmán suba a la escena de la Historia, y represente “el alma del mundo”.

Él también fracasará. Por una parte, está dividido, devorado en su interior por el cisma que levanta a sunitas y chiítas unos contra otros. Por otra parte, las democracias tienen una resiliencia que, al verlas desvirilizadas, corrompidas y caóticas, los totalitarismos desconocen. Pareces por tu parte desconocer la dimensión transnacional de las dificultades francesas.

Hay un universalismo judío, ya que las siete leyes noachicas valen para cada uno, pero es un universalismo sin proselitismo, cuyo núcleo es el particularismo reivindicado por el pueblo elegido. Hubo un tiempo en que el universalismo cristiano era joven, tónico, y a veces sanguinario: se satisface hoy hablando de ecumenismo. El universalismo comunista sobrevive sólo

en estado de recuerdo y de esperanza. Solo quedan en competencia el universalismo capitalista y el universalismo musulmán.

El acuerdo reciente nuclear con Irán muestra que Obama se apoya en el *soft power* para subvertir desde el interior la austera República islámica. ¡Sin duda espera el día en que se haga cola en Teherán para adquirir al último iPhone, que Apple Akbar no estará lejos de sustituir al antiguo Takbir! La acogida entusiasta reservada al mismo acuerdo por parte de los más encendidos por los revolucionarios iraníes muestra que no creen nada. Lucha titánica: ¿quién la ganará, el gadget o el Uno? ¿El objeto o el significante-amo? ¿Resultará de ello un matrimonio entre la producción intensiva y la identificación nacionalista, a la china?

El particularismo ruso pretende jugar en el patio de los grandes universalismos contemporáneos. Su recurso es hacer revivir la teoría escatológica de “Moscú tercera Roma”. Observamos cada día como atrae a su órbita las extremas derechas europeas. ¿Su Internacional irá mucho más allá?

En cuanto al particularismo francés, no tiene ya las ambiciones que Maurras inspiró a De Gaulle: las de hacer de la vieja nación el jefe de fila de las pequeñas y medianas potencias que resisten a los Imperios. Se limitan a mantener su “modelo”, que ya no es un modelo para nadie. Tus sarcasmos contra la laicidad a la francesa, son solo eso, los leo cada semana en el *New York Times*, en el *The Economist*, en *Wall Street Journal*, en el *Financial Times*. Franceses, dicen, todavía un esfuerzo para ser capitalistas: sean multiculturales, liquiden su *Leitkultur* (cultura dominante), dejen pasar libremente a las personas y los bienes, y luego, que cada uno goce en paz de sus amores, de sus vestidos, de su alimento.

Bonita astucia, aún, que ve a los defensores, que eres, de los más explotados de los explotados, trabajar para el rey de Prusia.

Haces del Partido socialista el sepulturero de la izquierda. Esto es desconocer la participación del Partido comunista en el sepultamiento del Hombre de izquierda. En la gran época, bajo Thorez, el PCF, moscovita hasta los huesos, conseguía aparecer como un partido nacional, incluso nacionalista. Otra astucia: dejado, lejos de enraizarse en la nación, él mismo perdió la dirección.

Tú mismo no quieres ver en la atención sobre el factor nacional más que “derechización galopante”. Esperas “movimientos democráticos de masa”, salidos de no sabemos dónde. De los cuarenta últimos años, retienes sólo “desastres económicos” y “caos geopolítico”. Y eres uno de los pensadores más distinguidos de la izquierda de la izquierda.

La misa está dicha. Los proletarios están en el Frente nacional. La izquierda de la izquierda se encoge. La izquierda se desliza hacia el centro. La oferta a la derecha, de Sarkozy a Juppé, es la más amplia. Es el nuevo dato. Con mi mejores recuerdos.

(Traducción: Margarita Alvarez Villanueva)